
VI

De las personas de que se componía la intimidad de la calle de Vaneau, la que más se inquietaba de los pesares de María Alicia era Jorge Liauran, pues él era también al que aquella mujer manifestaba más abiertamente su pena. Comprendía que era el único que podía servirla algún día. Cada vez que Jorge la visitaba, medía el estrago producido en su idea fija. Sus facciones se extenuaban, sus mejillas se hundían, su color se oscurecía, sus cabellos, que hasta entonces habían permanecido tan negros, blanqueaban extraordinariamente. Como Jorge frecuentaba la sociedad, al salir de una de esas visitas solía encontrar á su primo Huberto, casi siempre en el mismo círculo que la señora de Sauve, elegante, alegre, con los ojos brillantes y la boca sonriente. Este contraste indignaba á aquel hombre de extraños sentimientos mezclados del bien y del mal.

En efecto: por una parte, Jorge amaba mucho á María Alicia, por una afección que había sido en otro tiempo muy romántica, durante su juventud. Por otra parte, la intimidad, para él cierta, de aquel dichoso Huberto y de Teresa le irritaba, sin comprender por qué, y le producía nerviosa cólera. En presencia de su primo experimentaba la invencible mala voluntad que los hombres de más de cuarenta años y menos de cincuenta profesan á los jóvenes á quienes ven introducirse en la sociedad y que en definitiva toman su puesto. Además, Jorge era uno de esos vividores que odian el amor, ya porque hayan sufrido mucho por él, ó porque lo sientan demasiado. Aquel odio del amor se complicaba con un entero desprecio hacia las mujeres que faltan á su deber, y él sospechaba que Teresa había tenido ya dos intrigas, una con un joven diputado llamado Federico Luzel, y otra con un escritor célebre, llamado Alfredo Fanieres. Era de los que juzgaban á una mujer por sus amantes, en lo que se equivocaba, porque las razones por las cuales sucumbe una mujer suelen ser con frecuencia personales, extrañas á la naturaleza y al carácter del que busca la ocasión de aquel abandono. Ahora bien: Federico Luzel ocultaba bajo su gran

franqueza y natural cortesía una brutalidad completa, y Alfredo Fanieres era un muchacho muy guapo, de maneras distinguidas, cuyo mimoso aspecto disimulaba apenas el feroz egoísmo del artista sagaz, para el que todos los medios son buenos con tal de llegar por sus habilidades de prosista hasta el éxito más completo.

Con el germen de corrupción depositado en el alma de Teresa por aquellos dos personajes era con lo que Jorge contaba secretamente cuando imaginaba un fin probable de las relaciones entre ella y Huberto. Se decía que la señora de Sauve había debido contraer durante su unión con aquellos dos hombres, cuyo cinismo y costumbres conocía, deseos immoderados de placer. Calculaba que llegaría un día en que era casi seguro que ella había de engañarle. «Después de todo—se decía,—eso le causará disgusto, pero le enseñará á vivir.» Jorge Liauran, semejante en este punto á las tres cuartas partes de las personas de su edad y de su clase, estaba persuadido de que un joven debe formarse lo más pronto posible una filosofía práctica, es decir, según las antiguas fórmulas misantrópicas, creer poco en la amistad, considerar á la mayor parte de las mujeres como falaces é interpretar por el

interés, confesado ó disfrazado, todas las acciones humanas. El pesimismo mundano no tiene mucha más originalidad que esas antiguas fórmulas. La desgracia quiere que tenga casi siempre razón.

Tales eran las disposiciones del primo de la señora de Liauran respecto del sentimiento de Huberto y de Teresa, cuando en el mes de Octubre de aquel mismo año se encontró en un gabinete particular del café Inglés y en disposición de cenar con otras cinco personas. El *menú* fué delicado y bien dispuesto, los vinos exquisitos y los cigarros magníficos; nuestros hombres hablaban por los codos; he aquí el fin de un diálogo que Jorge sorprendió entre su compañero de la izquierda y uno de los convidados en el momento en que el mismo acababa de hablar con su compañero de la derecha, de modo que se le había escapado todo el alcance del principio del diálogo.

—Los veíamos—decía el que estaba en el uso de la palabra—desde el cuarto de arriba del chalet de Arturo, el que le sirve de taller, mirando con un antejo que nos permitía examinarlos como si hubiéramos estado á tres metros de distancia. En efecto, entraba como nos habían dicho que lo había hecho la vispera; en cuanto entró, él la dió un abrazo,

pero ¡uno de esos abrazos!...—é hizo chasquear sus labios apurando unas gotas de licor que habían quedado en su copa.

—¿Quién era él?—preguntó Jorge Liauran.

—La Croix-Firmin.

—¿Y ella?

—La señora de Sauve.

—He ahí—dijo Jorge para sus adentros—una ocurrencia bien singular, y que vale la pena de haber aceptado la invitación de ese imbécil.

Y pensando esto, miraba al anfitrión elegante de baja estofa, que rebotaba de alegría al reunir á su mesa á algunos hombres del club más de moda.

—Nosotros aún esperábamos ver más—continuaba el otro;—pero ella se empeñó en bajar las cortinas... ¡Cuánta matraca dimos por la tarde á Ludovico con motivo de la fatiga que revelaba su rostro!... No se ha hablado de otra cosa en Trouville y Deauville durante una semana. Ella no debía ignorarlo, pues en seguida se marchó. Pero apuesto veinticinco luises á que no por eso dejará de ser bien recibida en todas partes este invierno... La sociedad se va haciendo tan tolerante...

—Sobre todo, en materias de amor—contestó su interlocutor.

Y continuaron las conversaciones, siguieron ardiendo los cigarros, consumiéndose el kummel y el champagne, mientras aquellos moralistas continuaban también juzgando la vida.

El joven que había contado, durante la conversación, la anécdota escandalosa de la señora de Sauve era un muchacho de treinta años próximamente, pálido, delgado, muy gastado, pero muy amable y del número de esos cuyo nombre atrae universalmente el epíteto de «buen muchacho». En efecto, antes se hubiera levantado la tapa de los sesos que dejar de pagar una deuda de juego en el plazo fijado. Nunca rehusó un lance de honor, y sus amigos podían contar con él para cualquier empresa, por difícil que fuera, ó para un servicio de dinero, aunque fuera considerable. Pero dejar de decir lo que se sabe de las intrigas de una mujer de la buena sociedad, después de beber, ¿á dónde iríamos á parar? Tal vez el charlatán que había afirmado de aquel modo, como testigo ocular, las ligerezas de Teresa de Sauve, habría vertido verdaderas lágrimas de pesar si hubiese sabido que su conversación podría servir de arma contra la felicidad de la joven.

Para, el que frecuenta la sociedad sin que

se pervierta su corazón es un asunto inagotable de melancolía el ver cómo se realizan en ella las más crueles ferocidades, á veces con entera tranquilidad de conciencia. Pero ¿acaso Jorge Liauran no habría sabido por otro conducto todos los detalles que la indiscreción de su compañero de mesa acababa de revelar tan repentinamente y con aquella indiscutible precisión? Dicho sea de paso, no se admiró de ello. Al entrar en su casa se repitió dos ó tres veces: «¡Pobre Huberto!» Pero secretamente experimentaba esa irresistible complacencia de egoísmo que produce nueve veces entre diez la visión de la desgracia de otro. ¿No se habían cumplido sus pronósticos? La misantropía vulgar tiene muchas de esas satisfacciones que endurecen el corazón que las experimenta. Cuando se desprecia á la humanidad con desprecio invariable y sin excepciones, acaba uno por enorgullecerse de sus miserias en vez de sentir las. En cuanto á dudar de la noticia, ni un instante, y sobre todo recordando lo que sabía de Ludovico de La Croix-Firmin.

Era éste una especie de fatuo que parecía desprovisto de toda clase de atractivos, pero que agradaba á las mujeres por esos motivos misteriosos que nosotros los hombres no cono-

ceмос, así como las mujeres no comprenden el secreto de la influencia que ejercen sobre nosotros algunas de ellas. Es posible que en esos motivos haya mucho de esa parte de materia que siempre existe en el fondo de nuestras relaciones de persona á persona. La Croix-Firmin tenía veintisiete años, la edad del desarrollo; sus cabellos eran rubios, casi rojos, sus ojos azules claros y sus dientes lucían su blancura, mostrándose uniformes entre sus frescos labios siempre que sonreía.

Cada vez que una sonrisa animaba su rostro, con el mentón adornado de gracioso hoyuelo, la nariz aguileña y los cabellos rizados, recordaba ese tipo inmortal á través de las razas, del rostro del Fauno, en quien los antiguos encarnaron la sensualidad satisfecha y dichosa.

Lo que acababa de darle carácter y el encanto físico con que debía haber inspirado muchas fantasías, era esa agilidad de movimientos propia de los seres en quienes la fuerza vital es muy completa. Su estatura no era más que regular, pero su formas eran atléticas. Aunque muy ignorante y de una inteligencia muy mediana, poseía el don que hace de un hombre organizado de ese modo un personaje peligroso; tenía en grado raro

ese tacto y ese olfato que revelan al hombre el momento en que puede atreverse; ese momento en que la mujer, criatura débil y de fugitivas emociones, pertenece al libertino que las adivina. La Croix-Firmin había tenido, por lo tanto, muchas aventuras, y por más que su nacimiento y su fortuna debían haber hecho de él un perfecto caballero, se complacía en contarlas; aquellas indiscreciones, en vez de perderle, le servían, si así puede decirse, de reclamo. A pesar de sus libres conversaciones y de su fatuidad, aquel joven no tenía por enemiga á ninguna de las mujeres que se habían comprometido por él, quizás porque no representaba en su memoria más que el recuerdo agradable.

Con la indiscreción de La Croix-Firmin fué con lo que Jorge contó para reunir algunas nuevas pruebas en apoyo del hecho que había averiguado en la comida del café Inglés. En su calidad de solterón tenía la imaginación triste, y preveía más bien la mala fortuna que la buena. Por consiguiente, estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo á ver claro en los tropiezos y miserias del mundo social. Sabía el arte de ir á caza de la verdad secreta, y tenía gran tino para formar un juicio exacto de cualquier hecho,

agrupando y mixtificando las diversas frases que sobre el mismo flotaban en la atmósfera de las conversaciones de París. En aquellas circunstancias no tenía necesidad de grandes esfuerzos. Se trataba únicamente de encontrar el medio de corroborar un detalle cuya existencia era para él indiscutible. Algunas visitas á mujeres de alta sociedad que habían pasado la estación en Trouville, y una sola á una *vengadora*, llamada Ella Virieux, amiga oficial por entonces de un íntimo amigo de La Croix-Firmin, bastaron para obtener aquella prueba y la seguridad de que Ludovic había sido el amante de la señora de Sauve durante la época de los baños de mar, cosa que era, por otra parte, de notoriedad pública y que el mismo La Croix-Firmin había confesado. Sólo la prematura marcha de Teresa había podido preservarlas de un escándalo inevitable; y como la existencia parisiense empezaba de nuevo, diez aventuras recientes habían hecho olvidar aquel escándalo de otoño, destinado á quedar entre las sombras de la duda, como tantos otros.

Jorge Liauran encontró en él un medio seguro de romper por fin la unión de Huberto y de Teresa. Para ello bastaba prevenir á María Alicia. Vaciló un momento al pensar que al

fin y al cabo aquello era inmiscuirse en una cuestión que no era de su incumbencia; pero el fondo de odio que, sin confesarlo, sentía contra los dos amantes, venció aquel escrúpulo de delicadeza, ayudado á la vez por verdadero deseo de librar de una pena mortal á una mujer á quien quería mucho. La tarde misma del día en que habló con Ella Virieux, quien le había participado, sin darlas importancia alguna, las confidencias de Ludovic á su amante, fué al hotel de la calle de Vaneau y contó á la señora de Liauran, reclinada en una silla al lado de la señora de Castel, la inesperada noticia que debía cambiar de repente la faz de la lucha entre la madre y la amante.

—¡Ah, miserable!—exclamó aquella mujer casi moribunda por sus prolongadas angustias;—ni aun era capaz de amarle...

La señora de Liauran pronunció aquella frase con un acento profundo, en el que se condensaban todas las ideas que se había formado desde hacía tanto tiempo acerca de la amante de su hijo. ¡Había pensado tanto en las causas de la influencia de aquella pasión de una criatura culpable, que había logrado dominar más en el corazón de Huberto que su amor hacia ella, á pesar de que le constaba

que éste era inmenso! La pobre continuó, moviendo su encanecida cabeza:

—¡Y por semejante mujer nos ha torturado de ese modo!... ¡Ah! mamá, cuando él compare lo que ha sacrificado á lo que ha preferido, ni él mismo lo entenderá.—Y alargando la mano á Jorge, — Gracias, primo mío — dijo; — has sido mi salvación. Si esa horrible aventura se prolonga mucho tiempo, yo hubiera muerto.

—¡Ah! pobre hija mía — dijo la señora de Castel acariciándola los cabellos, — no alimentes vanas esperanzas. Si Huberto la ha amado, la ama todavía. Nada ha cambiado. No hay más que una mala acción más cometida por esa mujer, que debe estar habituada á cometerlas...

—¿Creéis, pues, que no ha de saber Huberto todo lo ocurrido? — dijo María Alicia irguiéndose un poco. — Pues yo sería la más infame de las madres si no abriese los ojos á mi desgraciado hijo. Mientras he creído que ella le amaba, he podido callar y sufrir. Por culpable que fuese ese amor, era una verdadera pasión, algo de sincero después de todo; un extravío, sí, una exaltación, pero algo noble en el fondo... Mas ahora ¿qué nombre podemos dar á esas villanías?

— Sed prudente, prima mía — dijo Jorge Liauran un poco inquieto por la cólera con que aquellas últimas palabras habían sido pronunciadas; — pensad que no podemos presentar al pobre Huberto pruebas palpables y positivas de esas que ponen fin á toda discusión.

—¿Pero qué más pruebas puede haber — interrumpió ella — que la afirmación de quien lo ha visto?

—¡Ah — contestó Jorge, — para los que aman...!

— No conocéis á mi hijo — replicó la madre con orgullo. — No es capaz de pasar por esas complacencias. No exijo de ti más que una promesa antes de dar ningún paso: que si él te pregunta, le cuentes lo que nos has dicho del mismo modo que nos lo has contado á nosotras.

— Prometido — dijo Jorge después de un breve silencio; — le diré lo que sé, y él hará lo que quiera.

—¿Y si él decide provocar á ese señor de La Croix-Firmin? — interrogó la señora de Castel.

— Eso no puede hacerlo — contestó la madre, á quien la excitación producida por la esperanza hacía tan perspicaz como hubiera

podido serlo Jorge en las leyes de la sociedad; — nuestro Huberto es demasiado galante para querer que la honra de una mujer quede manchada por una imprudencia suya, y menos la honra de esa...

¡Sí, pobre Huberto! De esta manera se acercaba á él por momentos aquel destino, del que el vago rumor del mar, escuchado por la noche, hubiera sido para él el anuncio, durante su deliciosa velada de Folkestone, si hubiese conocido más la vida. Aquel destino se acercaba, tomando por instrumentos á un tiempo mismo la terrible indiferencia de Jorge Liauran y la ciega pasión de María Alicia. Esta última creía al menos trabajar en la felicidad de su hijo, sin comprender que vale más, cuando se ama, ser muy engañado, y por mucho tiempo, que tener la desgracia de saberlo ó sospecharlo.

Sin embargo, y á pesar de lo que había dicho en aquella entrevista con su primo, no se sentía con fuerzas para abordar por sí misma este asunto con su hijo. Le creía incapaz de soportar el primer estallido de su dolor. Las pruebas adquiridas por Jorge la parecían imposibles de refutar, y por otra parte, consideraba, en su conciencia de madre piadosa, que su deber absoluto era arrancar á su hijo

al monstruo que le corrompía. Pero ¿cómo había de poder sufrir el terrible choque que había de seguir á aquella revelación? La pobre madre esperaba, sin embargo, que en los momentos de desesperación, Huberto había de acudir á ella; le abriría sus brazos, y todo aquel conjunto de errores se terminaría en un momento de efusión, como había ocurrido otras veces. Involuntariamente, y por esa errónea apreciación familiar á todas las madres como á todos los padres, no se daba cuenta exacta del cambio de sentimientos que se había producido en el alma de su hijo.

Le veía siempre tal como le había conocido cuando niño, acercándose á ella á la menor de sus penas. La parecía, por una falsa lógica de su ternura, que, una vez vencido el obstáculo que les había separado, se encontrarían de nuevo estrechamente unidos, lo mismo que habían estado antes. Su primer pensamiento fué enviar desde luego á su hijo á casa de Jorge; después reflexionó, con su delicada inteligencia de mujer, que aquello había de producirle una inevitable herida de amor propio. Tuvo que recurrir una vez más á la antigua amistad del General Scilly, á quien encomendó que diese cuenta de todo al joven.

—Me encargáis de una comisión muy difícil —respondió éste cuando ella le hubo explicado su deseo.—Obedeceré si me lo exigis. Pero, creedme, valdría más que calláseis. Yo he pasado por ese mismo trance—añadió—y en condiciones muy semejantes. Una querida es siempre una querida, y todas se parecen. Pero el primero que hubiese osado hablarme una palabra contra ella hubiera pasado un mal rato. Por otra parte, no hizo falta que nadie viniera á contarme nada; yo mismo lo supe.

—¿Y qué hicisteis?—interrogó María Alicia.

—Lo que se hace cuando uno tiene una pierna fracturada por un cañonazo—dijo el veterano:—me amputé bravamente el corazón. Aquello fué duro; pero yo corté por lo sano.

—Bien comprenderéis, por lo tanto, que es preciso que mi hijo lo sepa todo—repuso la madre con acento de piedad y de triunfo á la vez.

VII

Al salir de almorzar de casa de una amiga de la señora de Sauve, y después de haber experimentado el delicioso placer de ver llegar á su querida en el momento del café, fué cuando Huberto Liauran se dirigió á la calle de Orleans, acudiendo á la súplica del General, que le había rogado se pasase por su casa á las tres.

El joven se figuró, al leer la carta de su padrino, que se trataría de su deuda.

Creía al Conde escrupuloso, y ya habían transcurrido dos meses sin que le devolviese las 3.000 pesetas.

La entrevista comenzó, pues, por algunas palabras de excusa que pronunció el joven en cuanto hubo entrado en la piececita del piso bajo, á la que no había vuelto desde la víspera de su partida para Folkestone.

Pensó en todas sus sensaciones de enton-